

El valor del silencio

El hombre actual ha desarrollado una creciente preocupación ecológica. La contaminación del aire, del mar y de los lagos es uno de los más justificados motivos de inquietud en el orbe entero.

Sin embargo, la sociedad contemporánea padece de un creciente mal, a cuyo respecto pareciera no existir semejante conciencia. Me refiero a la contaminación acústica.

El sonido ensordecedor de la música rock, el ruido de máquinas y motores que aturde en las grandes ciudades y el volumen desproporcionado al que muchas personas escuchan radio o televisión, son algunos síntomas elocuentes del fenómeno aludido.

Más aún, pienso que lo anterior no obedece a meras inadvertencias. Consciente o subconscientemente, hay quienes se refugian en ese bullicio para eludir su incapacidad de comunicarse real y

profundamente con los demás seres humanos.

Esa dramática incomunicación aparece como uno de los signos más característicos de nuestro tiempo. Y a su vez, él refleja un problema todavía más hondo: al ser humano le cuesta cada vez más comunicarse con sus semejantes, acaso porque progresivamente tiene menos que comunicar.

Al fin de cuentas, la comunicación supone la proyección de uno mismo hacia otro. En la medida en que una persona no cultiva una auténtica vida interior, difícilmente podrá adentrarse en el alma y los sentimientos del prójimo.

Ahora bien, no hay vida interior propia sino en el cultivo de la reflexión. Y para reflexionar resulta indispensable el silencio. Sólo en el silencio es posible que el espíritu humano se encuentre con su propia verdad interior, con el destino de su existencia y con el exigente camino que lo con-

Por Jaime Guzmán, senador.



duce a su perfección.

Desde allí el hombre descubre el sentido de su vida y siente la necesidad de comunicarse, no sólo con sus semejantes, sino, sobre todo, con Dios.

La oración es el acto de comunicarse con Dios, en el recogimiento más íntimo del alma humana. Por eso, la forma más elevada de orar se alcanza en la contemplación pura de Dios. Quien la experimenta, goza de una felicidad que nada puede igualar.

En esta Navidad, el niño Dios quiere iluminarnos a todos con la luz que cada cual busca en su vida. Para ello, basta que le abramos nuestro corazón. Así, en nuestra más recóndita intimidad, en la Nochebuena de mañana, Cristo resplandecerá para nosotros como el único camino, verdad y vida.